

Y en los senos abrasados
Engendra con doble holganza,
O con tormentos doblados,
Cada risa una esperanza,
Cada desden mil cuidados.

Cual las conchas orientales
Es tu boca, y por vencerlas
Muestra en riquezas iguales,
Cuando desdena, corales,
Y cuando sonríe, perlas.

Y si con sombras de bien
Tal vez el mal se divisa,
Es porque en ella se ven
Guardar la miel de su risa
Las flechas de su desden.

Si á mí su rigor alcanza,
Al ver su hermosura, siente
El corazon doble holganza;
Y aunque un desden me atormenté,
Déme una risa esperanza.

¡Bien haya la dulce boca
Que solo sus frescos labios
El aura pasando toca;
Que haciendo al ámbra agravios,
Su miel á gustar provoca!

¡Oh, bien haya cuando ufána
Dando enojos á la rosa,
Muestra su cerco de grana,
Fresca como la mañana,
Como el azahar olorosa!

Y si acaso dulcemente
Suelta plácidas congojas,
Ya és el rumor del ambiente,
Ya el susurro de las hojas,
Ya el murmurar de la fuente.

Si alegres sonos respira,
Las aves del prado encanta;
Y si á vencerlas aspira,
Con las que gimen, suspira;
Con las que gorjean, canta.

Tu miel, aroma y colores,
Rinde en amante oblacion,
Flor, ante cuyos primores,
Mustias é inútiles florés
Las flores del valle son.

El néctar mas regalado
Deja que de amores loco
Beba en tu labio abrasado:
Para una abeja es sobrado
Lo que para muchas poco.

¡Mas ay, que vertiendo quejas;
Me esquivas tu dulce miel!
En vano de una te alejas,
Si ves que miles de abejas
Poblando van el verjel.

¡Ay de la rosa encarnada,
Que en su seno de carmin
Niega á una abeja la entrada!
Tantas la acosan al fin,
Que queda sin miel, y ajada:

¡Ay de las candidas flores,
Si alzan su capullo tierno
Del estío á los ardorés!
¡Ay del panal, si el invierno
Lo hiela con sus rigores!

Dame los gustos sin tasa,
Pues ves que el sol estival
Lás tiernas flores abrasa:
Mira que amarga el panal
Cuando de sazón se pasa.

Ríndete á mí placentera;
No te rinda con agravios
De abejas la turba fiera;
Que herir esos dulces labios
Herirme en el alma fuera.

De ese tesoro las llaves
Dame, y sus dones olientes
Libaré en besos suaves,
Sin que lo canten las aves,
Ni lo murmuren las fuentes.

LAS SIRENAS.

Oyendo un dulce cantar
Que el corazon me cautiva,
Alégre, abajo y arriba
Cruzo las playas del mar.

Pues no hay recuerdos ni penas
Que no revista de encanto
Ese dulcísimo canto
De esas que llaman *sirenas*;

Aunque á sus tiernos cantares
Ensayen rudos concertos,
Bramando roncos los vientos,
Sordos mujiendo los mares.

Mirando al agua, las horas
Paso en la fresca ribera,
Por ver las sombras siquiera
De tan divinas cantoras.

Mas aun no sé cuándo bellas
Hienden las ondas esquivas,
Ni si deslizan furtivas
Sobre las aguas sus huellas.

Jamás las ví entre la bruma
Cruzar los aires sutiles,
Ni adormecerse gentiles
Meciendo esquifes de espuma.

Ignoro si divertidas,
Cuando las ondas se amansan,

Tal vez alegres descansan
Sobre las rocas tendidas;

Y cuando horrisono ensaya
Hondas tormentas la mar,
Tampoco sé si á buscar
Vienen asilo á la playa.

Voy, por mirarlas á solas,
De roca en roca saltando,
Y al desbravarse, mirando
Una por una las olas.

Mas nunca en la densa brumá
Llego á mirar las sirenas,
Ni en las revueltas arenas,
Ni en rocas, aguas ni espuma.

Y solo llego á escuchar
Cómo responde entre tanto
Al dulce són de su canto
Con broncos tumbos la mar.

¿Mas quién sabe si en rocas ni en arenas,
Será el buscarlas importuno intento,
Por ser esas dulcísimas sirenas
Los quiméricos séres de algun cuento?

Y si quimeras son, ¿cómo ó de dónde
Se elevan esos plácidos cantares,
A cuyo ruido celestial responde
El bronco són de los revueltos mares?

¿Y por qué entonces incesante giro
De playa en playa, delirando á solas,
Y una por una embelesado miro,
Al desbravarse con furor, las olas?

¿Por qué prendado de la mar sonora,
Al fresco bordé de su márgen fria,
Las sombras al bajar, me halla la aurora,
Y la noche al subir, me deja el dia?

Sin duda que en sus huecos inmortales,
En aposentos de esmeraldas finas,
Otra raza de séres celestiales
Ilustra sus moradas cristalinas.

Porque un recuerdo, en mi ilusion de gloria,
Me despierta, bramando, el mar profundo,
Y un niño solo tiene en su memoria
Angélicos recuerdos de otro mundo.

—Cantad y refrenad, hondas sirenas,
El furor de los bravos aquilones,
Aunque no os vea en rocas ni en arenas,
Seais sombras, recuerdos ó visiones.

Cantad y refrenad los vendavales
Que el manto arrugan de la mar tendida,
Y en alas de esos cantos celestiales
Llevad hasta su término mi vida.

De la existencia por el mar horrendo
Mi nave conducid á toda vela,

No cual tardo reptil que va gimiendo,
Como el ave que canta cuando vuela.

En palmas me llevad, cual los bajeles
Que guiais á las playas mas remotas;
Así os formen bellísimos doseles
Con sus alas las blancas paviotas.

—Cantad, sirenas; de la mar sonora
Al ronco són alzá vuestra armonía,
Como al fulgor de la naciente aurora
Murmullas alza la floresta umbría.

Muévaos el ver cómo incesante giro
Por véros en las vastas soledades;
Y aunque fantasmás sois con quien deliro,
Son los sueños mis dulces realidades.

Hay almas como la mia,
Que no aquejan pesadumbres,
Y pronto, si las aquejan,
Su grave peso sacuden.
Almas felices en todo,
Que solo sus gustos cumplen
Siguiendo tantos placeres
Cuantos pesares rehuyen.
Almas, en fin, que no hay pena
Que felizmente no endulcen,
Próximo mal que no espanten,
Lejano bien que no busquen;
Que siempre los serafines
Ven en los aires azules;
Junto á las verdades, sueños;
Entre las tinieblas, luces;
Flores sin fin en los llanos,
Fuentes y luz en las cumbres,
En los estanques sirenas,
Y sílfides en las nubes.
Dichosas almas que tienen
El delirar por costumbre,
Y siempre hermosas visiones
Con tierno afán las circuyen:
Que penetrando en el cielo,
Roban osadas su lumbré,
Y luego pintan el mundo
Con un color que seduce.
—¡Y á la verdad, es muy triste
Mirar con ojos comunes
Las ásperas realidades,
Sin los mágicos vislumbres
Con que las visten las almas,
Del cielo robando el lustre,
Porque esmaltadas, los rayos
De nuestros ojos no ofusquen!
¡Es triste dejar la senda
Que césped y flores cubren,
Para seguir un camino
Que abrojos su paso obstruyen;
Y no que aunque al fin se acerquen,
Y la existencia aventuren,
Las almas como la mia
En alas de los querubés
Caminan al ¡ay! postrero

Por esas sendas ilustres
Que noblemente trazaron
Entre la tierra y las nubes!
Por eso junto á los mares,
Aunque fatídicos mujen,
Oigo un són como el del aire
Que entre los árboles fluye,
Y miro chocar las ondas
Que en su furor se destruyen,
Y las espumas que cuajan,
Y las riberas que cubren,
Todo por ver las sirenas;
Y ni en las aguas volubles,
Ni en los diamantes que arrojan,
Ni en la arena que sacuden,
Ni en las altísimas rocas
Donde su rabia destruyen,
Las llevo á ver en mi anhelo,
Cantando con sus laudes;
Pero las creo, aunque acaso
De su existencia se dude,
Porque en crearlas el alma
Con todos sus gustos cumple,
Y porque también he visto
Que las verdades sucumben
Ante el aspecto risueño
De unas mentiras tan dulces.
Por eso en los hondos valles
No hay muelle són que no escuche,
Delirio que no me halague,
Verdad que no me repugne;
Ni oigo un ave que pintada
Quejas de amor no divulgue,
Cuando dulcíssimas pueblan,
Cantando, los abedules.
Alegres nuevas me traen
Los pájaros transeuntes;
Me es plácida cualquier brisa,
Y cualquier aire perfume.

Y aunque estos y otros placeres
Loco tal vez me figure,
Las almas como la mía
Con solo soñarlos cumplen.

LA BEATA DE MÁSCARA.

La del enlutado manto,
La de la toca de encaje,
La de mil hombres encanto,
¿Cuánto va á que no es tan santo
Tu pecho como el ropaje?

En vano ocultarnos trata
De tus ojos los destellos
El lienzo que te recata;
Y por Dios que son, beata,
Para ser santos, muy bellos.

Sobre tu nevado seno
Pesa la cruz de un rosario,
Y aunque humilde nazareno,

Muriera de gozo lleno
En tan hermoso Calvario.

Y, pese á tu religion,
En vano ¡ay triste! sofoca
Deseos mi corazón;
Que oculta una tentación
Cada pliegue de tu toca.

Eres bella cual ninguna,
Y juro, aunque temerario,
No creo en tí fé alguna,
Si pasas una por una
Las cuentas de tu rosario.

AL RIO NAVIA.

Déjame ver ¡oh fugitivo espejo!
Pintada en tu cristal la patria mía,
Déjame ver á tu falaz reflejo
El sitio do mi cuna se mecía.

Tú el primer canto de mi amor oíste;
Al nacer, tu saludo fué el primero;
Tú mi primer vajido recojiste;
Recojerás también el ¡ay! postrero.

Tu margen florida
Pisé siendo niño,
Y al ver tanto aliño
En torno de tí,
Ensueños hermosos
Forjaba la mente,
Creyendo inocente
Que el mundo era así.

Ví alegre en tus aguas
La vega pintada;
De flores cercada
La vida soñé;
Mas eran ilusos
Tus varios colores,
Y abrojos sin flores
Tan solo encontré.

Bullendo sonoro
Meció tu murmullo
Con plácido arrullo
Mi edad infantil;
Y yo, pobre niño,
Pensé, Navia, que era
Pensil tu ribera,
Tus aguas pensil.

Mas ¡ay! que las flores
Que tú retratabas,
Y al prado encelabas,
Florido rival,
Ansioso mi anhelo
Quería gozarlas;
Pero iba á tocarlas,
Y hallaba cristal.

Si fueron tus flores
Mentidas visiones,
Y mis ilusiones
Se fueron en pos,
¡Ay Navia! lloremos
Engaños que vimos,
Pues locos mentimos,
Mentimos los dos.

Inquieto en tus aguas
El viento remueve
Montañas de nieve
En playas de azul,
Brillando en sus cumbres
Zafir y esmeralda,
Su líquida falda
Bordada de tul.

Entre algas y arenas
Serpeas errante,
Cual mole ondeante
De inmenso reptil,
Sirviéndote fácil
De aliento la bruma,
De escamas la espuma
Que flota gentil.

Cien veces mi patria
Miré á tu reflejo,
Magnífico espejo
De limpio cristal;
Y al verla en tus aguas
Mecerse bullente
Ilusa la mente,
Juzgábala igual.

Robusto en el valle,
Tendiéndote manso,
Con blando descanso
Te huelgas en él;
Trocando tus perlas
Por sus esmeraldas,
Cinriendo guirnalda
De rosa y clavel.

Si ansiosa mi vista
De sombras y tules,
Tus ondas azules
Tal vez consultó;
Bullir en el fondo
Veía tu hielo,
La vega y el cielo,
Las flores y yo.

Si fueron mentidas
Tan bellas visiones,
Y mis ilusiones
Se fueron en pos:
¡Ay Navia! lloremos
Engaños que vimos,
Pues locos mentimos,
Mentimos los dos.

Río que invades copioso
Del hondo valle la anchura,
Refrena el curso abundoso,
Que tras de este valle umbroso
Te aguarda la sepultura.

Cese tu vana jactancia,
Cesa de ir tan vano, cesa,
Porque en tu loca arrogancia
Vas midiendo la distancia
Que hay de la cuna á la huesa.

Y en esa orilla inmediata,
Que el mar peina su arenal,
Tu mole allí se desata,
Y hundes la frente de plata
En su seno de cristal.

Y entonces, adios mis sueños,
Adios tus flores mentidas;
Pues tú entre dulces despeños,
Y yo entre gratos ensueños
Acabamos nuestras vidas.

Y si ambos fuimos en pos
De sueños, teniendo en poco
El mundo real, vive Dios,
Que ignoro cual de los dos
Ha sido, Navia, mas loco.

Que á la luz de la pasión
Los sentidos se embelesan;
Pero á la de la razón,
Plomo los párpados son
Que sobre los ojos pesan.

Adios, Navia; en tu jactancia
Cesa de ir tan vano, cesa;
No olvides que en tu arrogancia
Vas midiendo la distancia
Que hay de la cuna á la huesa.

SU IMÁGEN.

Errante sol de aromas circundado,
Tu ardiente lumbre tenue debilita;
Que ya mi corazón, de arder cansado,
Negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que estravió la luna,
Ángel perdido que bajó del cielo,
Vision deslumbradora, que importuna
Mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Girar y mas girar!... Lentas sus alas
Lumbrosa tiende en blando movimiento.
¿Eres el alma que de mí te echas?
¿Ó eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,
Desprendida mitad del alma mía,
Aunque tu imagen me deslumbra y ciega,
Blanca de noche, y negra por el día.

Se mece ante mis ojos desplegada
Como la espuma cándida de un río,
Tal vez por los suspiros agitada
Que salen hondos ¡ay! del pecho mio.

Su vírgen luz perdida, en el ambiente
Reverbera purísima y serena,
Y en las límpidas aguas del torrente,
Cuando acarician la tostada arena.

Sobre mi frente gira luminosa,
Luciente envidia de la nieve y grana,
Copia feliz de la encendida rosa,
Lisonja del albor de la mañana.

En donde quiera engendra el alma mia
Su imagen pura, rutilante y bella,
Ante el disco del sol al medio día,
Por la noche en la faz de cada estrella.

Y quisiera abarcar al ver su lumbre,
Hidrópica mi vista, fascinada,
De los astros la inmensa muchedumbre,
Para verla sin fin multiplicada.

Me revela fantástica su risa
Oscilando el arroyo cristalino,
Y su acento el murmullo de la brisa,
Y también el zumbar del torbellino.

La veo en todas partes seductora,
Llevada de mi ardiente fantasía,
En cada aviso al despuntar la aurora,
En cada sombra al caducar el día.

Y despierto la miro embebecido,
Animada ilusión de mi deseo;
Y si cierro los ojos adormido...
Yo no sé donde está, pero la veo.

El amor de la sierra.

A tiempo que sube ufana,
Matizando el horizonte
De púrpura la mañana,
Cantando, de un fresco monte
Baja una linda serrana.

Con voz que á la alondra afrenta,
El campo alegrando viene,
Y aunque triste se lamenta,
Mucho el oír la contenta
Por lo que de dulce tiene.

No hay céfiro, ave ni fuente,
Que con su voz no avasalle;
Por eso á su són doliente
Responden tan dulcemente
Los ruiseñores del valle.

En su purísimo acento
Hallan los tristes dulzura,
Los tibios grato ardimiento,

Los aflijidos contento,
Y los amantes ternura.

Baja el rebaño olvidado,
Y es, á mi entender, locura
Pensar que cuide el ganado
La que tan solo se cura
De un amoroso cuidado.

No halaga ya cual solía
Á la cordera leal,
Que cuando sal la ofrecía,
Antes de comer la sal
Su blanca mano lamía.

Y si de la sierra al prado
Baja al nacer la alba hermosa,
No es por mirar si templado
Se eleva el sol, coronado
De grana, jazmin y rosa:

Es por oír un pastor
Que acaso á sus resplandores
Cántigas alza de amor;
Y ella se muere de amores,
Oyendo al dulce cantor.

Mirando va con presteza
Los fresnos uno por uno,
Y es por ver si en su corteza
Al nombre de su belleza
Añadió su nombre alguno.

En vano á la fuente, ansiosa,
Su sed va á apagar cruel,
Porque á aquel labio de rosa
El agua le es enojosa,
Y desabrida la miel.

En vano con dulce riego
Su sed un momento halaga,
Pues ignora en su error ciego,
Que sólo el amante fuego
Con llama de amor se apaga.

Y mira tan envidiosa
Al olmo la vid amena
Entrelazarse frondosa,
Como su tez la azucena,
Como sus labios la rosa.

Y vagando con la mente
Embebida en sus amores,
Tal vez se lava en la fuente,
Ó tal vez indiferente
Coje, sin notar, flores.

Ya con ansias mas suaves,
Sobre la florida alfombra,
Templa fatigas mas graves,
Y acaso á la fresca sombra
Duerme al rumor de las aves.

—¡Qué hermosa está entre claveles
Cuando gentil se recuesta,

Templando penas crueles,
Bajo los verdes doseles
De la encantada floresta!

¡Qué bello entre esencia pura
Adormecer los sentidos,
Ver el agua que murmura,
Y respirar la frescura
De pabellones floridos!

¡Cómo el pecho se serena
Entre ilusiones sin fin,
Adonde el alma enajena
Ya el color de la azucena,
Ya la esencia del jazmin!

¡Qué vista tan placentera
Nos forman cruzando á veces
En perspectiva hechicera,
Los rios por la pradera,
Y por los rios los peces!

Son las delicias mayores
Ver poblado el firmamento
De fúlgidos resplandores,
De gratos sonos el viento,
Y el campo de ricas flores.

Entonces es cuando mansa
Quejas el aura suspira,
Su furia el torrente amansa,
Y sobre el prado que gira
Bañando rosas, descansa.

Entonces van transparentes
Los aires meciendo olores,
Forman ruido las corrientes,
Los prados alzan colores,
Despiden visos las fuentes.

Los frescos vientos olean,
La flor su bálsamo esprime,
Los verdes sauces ondean,
Y si una tórtola gime,
Mil ruiseñores gorjean.

Tendida en la verde alfombra
La serrana, ni galan
Templa el céfiro su afán,
Ni la humedad de la sombra,
Ni el fresco del arrayan.

—En vano con loco intento
Buscas, serrana, la calma,
Pues llevas de tu tormento
La causa en el pensamiento
Y la inquietud en el alma.

¡Con qué nombre te embelesas,
Que en la arena lo describes
Y de copiarlo no cesas,
Que tantas veces lo besas
Por cada vez que lo escribes?

¡Por qué á escuchar los pastores

Vas cuando á la aurora cantan,
Si ves que brotan amores
Los delicados vapores
Que las praderas levantan?

Escucha el murmullo blando
De aquella fuente serena
Que cerca va murmurando,
El bello tren arrastrando
De algas, espumas y arena.

Y en ella ve tus perfiles,
Si es que acaso los divisas,
Sin que sus ondas sutiles
Aquesas formas gentiles
Desvanezcan con sus risas.

Y tu mejilla rosada
Mírala ya sin color;
Advierte, en hora menguada,
La boca mas colorada
Descolorida de amor.

No escuches ¡ay! los pastores,
Si quieres cobrar la calma,
Pues del alba á los fulgores
Abre su sagrario el alma,
Como su cáliz las flores.

Mírate en la fuente igual;
Y mira que solicitas,
Serrana hermosa, tu mal,
Si en la inconstancia no imitas
Su trasparente cristal.

EL BAILE.

A CLEMENTINA.

Bailan, ardiendo en amorosas llamas,
Confundidos galanes y hermosuras,
Y cual suelen las vides en las ramas,
Se apoyan en los brazos las cinturas.

Suben y bajan, en revueltos giros
Los piés cruzando con lascivo juego,
Y brotan en miradas y en suspiros
Lumbre los ojos, y los labios fuego.

Con blando impulso y arrobado intento
Se sacuden, columpian y suspenden,
Y revolando á la merced del viento
Leves las gasas, lo que encubren, venden.

Torpes brazos las formas peregrinas
Profanan de las púdicas doncellas,
Que al mecerse las rosas entre espinas,
Rasgan su manto de color en ellas.

¡Mas adónde está el alma que no enferma
De impuras órjias el vapor liviano?
No hay castos pensamientos que no aduerma
Dulce, vaiven de cariñosa mano.

De riquísimas hebras los cabellos
Vierten copia gentil por las espaldas,
Y ondean con primor, asidas de ellos,
Fragantes y hermosísimas guirnaldas.

Nieve las frentes, las mejillas rosa,
Do quier ostentan con falaz decoro;
Y en rica pompa y apariencia hermosa,
Néctar los labios, y las sienas oro.

Muestran perlas las nítidas gargantas,
Y los ojos suavísimos destellos,
Leves coturnos las ligeras plantas,
Donaire y gracia los torneados cuellos.

Turba los ojos y la mente inquieta,
Ya la alba tez de una amorosa espalda,
Ya el vuelo de una gasa mal sujeta,
Ya el roce voluptuoso de una falda.

En los brazos, los talles mas gentiles
Sosegados se aduermen, y las sombras
Van en revuelta confusion sutiles
Cruzando sobrepuestas las alfombras.

Al pasar por los límpidos espejos,
Como los sueños en tropel vistoso,
Las imágenes doblan los reflejos,
Arrebolando el aire vagaroso.

Y delirando amores, y dementes,
Entre gasas, y músicas y aromas,
Se rozan, con pensados accidentes,
Confundidos halcones y palomas.

—
¿Cómo al ver de tantas bellas
El lindo y airoso talle,
No hay uno entre todas ellas
Que como el tuyo avasalle?
Porque ondea con pausado
Movimiento
Como el lirio columpiado
Por el viento.

No hay una vez que se mueva
Que no afrente
Á ese vapor que se eleva
De la fuente.

Mas no abandonarás tanto
Tu cuerpo en grata delicia,
Si nos descubriera el manto
La mano que con encanto
Tu ceñidor acaricia.

No hay pecho que no lastimes,
Y pierda al verte la calma;
Que donde la huella imprimes,
Todos rendimos el alma.

Tienen tus plantas divinas
Tal presteza,
Y tan dulcemente inclinas
La cabeza,
Que parece que besando
Vas la sombra

Que leve estás proyectando
Por la alfombra.
Con ojos y piés encantas,
Y causa, por Dios, enojos,
El que entre delicias tantas,
Tormento nos den tus plantas
Cuanto nos matan tus ojos.

¿Por qué derribas el manto,
Haciendo de él rica falda,
Si ves que el calor no es tanto
Que pueda ofender tu espalda?
Porque viendo los extremos
Que descubres,
Las gracias adivinemos
Que aun encubres.

¡Ay! ¿por qué el manto derramas,
Si tu nieve,
Mucho mas que hielos, llamas
Vibra aleve?

Coje el manto descuidado,
Cubriendo el rico tesoro;
Que mas que placer dá enfado
Mirar, Clementina, el oro
Para otro dueño guardado.

¡Oh! ¿con qué aire tan gentil
Vienen y van las hermosas!
Tal se mira en el pensil,
Cuando se mecen las rosas.

¡Oh! ¡qué sones tan suaves
Se levantan!
No son mas dulces las aves
Cuando cantan.

¿Cuál flota el leve atavío
De las plumas!
Perdonen del claro río
Las espumas.

Y si los ojos se tienden,
Ven por do quiera que pasan,
Cabellos que el alma prenden,
Serenos ojos que encienden,
Húmedos labios que abrasan.

Las mal prendidas melenas
Cubren las blancas espaldas,
Estas mostrando azucenas,
Cuando las otras guirnaldas.

Mil confundidos acentos
Amorosos
Llevan y traen los vientos
Sonorosos.

Lucen las mejillas puras
Sin afeite,
Y brota de las cinturas
¡Tal deleite! . . .

Que entre aromados vapores
Se confunden ellas y ellos,
Y todo respira amores,
Ojos, espaldas, cabellos,
Cinturas, labios y flores.

En torno á tu talle erguido
Se agitan mil amadores:

Siempre al árbol mas florido
Acuden los ruiseñores.
Y sin duda que adivinas
Tu belleza,
Pues tan dulcemente inclinas
La cabeza,
Que parece que besando
Vas la sombra
Que leve estás proyectando
Por la alfombra.
Y entre tan rica labor
Tu planta lijera avanza,
Dando á su esmalte esplendor;
Por eso muere la flor,
Cuando á besarla no alcanza.

Deja que toque suave
Aquesa cintura leve,
Como cuando vuela el ave
Los blandos copos de nieve;
Y agítate con pausado
Movimiento,
Como el lirio columpiado
Por el viento.
Que tus cabellos en calma
Me coronen,
Y que el cuello como el alma
Me aprisionen.
Y deja que los fulgores
Beba de tus ojos bellos,
Pues todo respira amores,
Ojos, espalda, cabellos,
Cinturas, labios y flores.

—*—*—*—
LA PALMA.

CANCION.

Esa palma que en tu encanto
Hace sombra á tu ventana,
Con las aguas de mi llanto
Acreció su pompa vana.
Y por ella

Fé y constancia me juraste,
Niña bella;
Pero cruda me engañaste.
Porque iluso en mis congojas,
Cuando amante lo jurabas,
Miré al tronco, y me enseñabas
La constancia de sus hojas.

Las tórtolas plañen
Tu ausencia dolientes,
Murmuran las fuentes
Tu crudo rigor.
De amor gime ese árbol,
Mis cantos de amores,
De amor esas flores,
Y el viento de amor.

Quando turban quejas graves
De la noche la honda calma,
¿Piensas, di, que son las aves

Que se anidan en la palma?
No, bien mio;
Que es un triste ¡ay Dios! que llora
Tu desvío
Por la noche, hasta la aurora.
Y en su mal, por si importuna,
Como obscura ve tu reja,
Alza el triste, en són de queja,
Sus plegarias á la luna.

Las tórtolas plañen
Tu ausencia dolientes,
Murmuran las fuentes
Tu crudo rigor.
De amor gime ese árbol,
Mis cantos de amores,
De amor esas flores,
Y el viento de amor.

Mil instantes, tus secretos
Espíe por la mañana,
Cobijado en los objetos
Que hacen sombra á tu ventana.
Y hubo alguno
En que en sueños exclamaste:
“¡Qué importuno!”
Y á otro lado te tornaste.
Maldecíame, y yo en tanto,
Al susurro de tus quejas,
Estrellaba ¡cielo santo!
Mis suspiros en tus rejas.

Las tórtolas plañen
Tu ausencia dolientes,
Murmuran las fuentes
Tu crudo rigor.
De amor gime ese árbol,
Mis cantos de amores,
De amor esas flores,
Y el viento de amor.

—*—*—*—
A UNOS OJOS.

Mas dulces habeis de ser,
Si me volveis á mirar,
Porque es malicia á mi ver,
Siendo fuente de placer
Causarme tanto pesar.

De seso me tiene ajeno
El que en suerte tan cruel
Sea ese mirar sereno
Solo para mí veneno,
Siendo para todos miel.

Si crueles os mostrais,
Porque no quereis que os quiera,
Fieros por demás estais,
Pues si amándoos me matais,
Si no os amara, muriera.

Si amando os puedo ofender,
Venganza podeis tomar,